



Erasmus Zarzuela

En la isla de Vancouver, cuenta Ruth Benedict, los indios celebraban torneos para medir la grandeza de los príncipes. Los rivales competían destruyendo sus bienes. Arrojan al fuego sus canoas, su aceite de pescado y sus huevos de salmón; y desde un alto promontorio echaban a la mar sus mantas y sus vasijas.

Vencía el que se despojaba de todo.

Eduardo Galeano en: *El libro de los abrazos*.



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: alberto guerra g.
edwin guzmán o.
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel fillanes
casilla 448 telef. 54855 - 76816
e-mail: orueduende@launmail.com



Zona Franca Oruro S. A

Tres cuentos breves

Un Viaje

El tren pasaba por el centro de la ciudad. Juan veía aquellos lugares por última vez. Él lo sabía, sin embargo, no recordaba nada concreto. Es más, se quitó las gafas de miopía y las puso muy adentro de su bolso de mano: el que era todo su equipaje.

Las leves sombras de los dinteles daban aspecto real a las puertas y ventanas. Era domingo, estaría en la primera parada - la ciudad de Oruro - de madrugada.

No quería recordar, y esta meta la estaba alcanzando.

En Oruro tuvo un par de horas. Comió allí, cruzando la calle.

Dos días después, ya en su destino final, y tras haber pasado un día preguntando en diferentes oficinas, centros educativos, tiendas y obras, y haber conseguido un trabajo como auxiliar de albañilería, tuvo su primer recuerdo. Nada concreto tampoco. Sólo unas sensaciones. Allí, en la oscuridad.

No..., no.

- Quisiera darte un beso.
- ¿En la boca?
- Sí
- No..., no.
- Uno nada más, y me irá.
- No.
- Estoy seguro de que nunca más nos veremos.
- Sí
- ¿No quieres?
- No..., no.

Ella se puso de pie. Tenía puesto un vestido blanco, con motitas rosadas que representaban algún animal.

Él era delgado. Había viajado algo más de dos mil kilómetros y este era su primer y último día en aquella ciudad famosa por sus viñas. Estaba loco por conocer el mundo.

Como no conocía nada ni a nadie, había decidido ir a un parque, guiado por un plano. Fue al "Acuario Municipal".

Al llegar la vio por primera vez en la arboleda. Después en la galería subterránea, frente a unas tortugas acuáticas con caparazones de polígonos verdes. Él retrocedió y tomó una foto que enfocaba la imagen de ella reflejada en el vidrio.

Le preguntó si le gustaba el lugar. Ella dijo que sí, y conversaron. Él explicó su itinerario de principio a fin. Y vieron muchos peces, lagartos y serpientes.

Más tarde, en el parque, ella le contó de sus padres. A él no le interesó mucho el tema de sus problemas domésticos. Pero quiso ser atento, deseaba conquistarla, obtener un triunfo, poder decir en casa, a sus amigos, que había besado a una extranjera. No fue así. La besó en la mejilla.

Los vegetarianos

- A este gatito no sé qué le puedo dar.
- Ah..., sí. Yo lo conozco. Está siempre aquí.
- Es del restaurante.
- Quiere comida, pero aquí sólo hay zapallo, trigo, almendras y este jigote raro.
- Yo he visto otras veces que algunas personas le dan cosas de su plato. El mínimo se sirve.
- Pero se supone que los gatos comen carne. Y habría que darle, Juan.
- Pablo sostuvo entre sus dedos un trocito de almendra. El mínimo - de color gris - se acercó caminando despacio; y sin dejar de mirar la mano. Se podía ver que era un animal muy manso.
- ¿Comerá? - dijo el otro hombre, el que había dicho que se le debería dar carne.
- Mira. Ha hecho que suelte la almendra.
- ¡Oh! Ahora parece que está comiendo.
- ¿No te lo dije? Es delgado y manso porque es vegetariano.

Oscar Oviedo M.
Escritor, La Paz. Ha publicado el Libro
de Relatos: "En esta acera".